

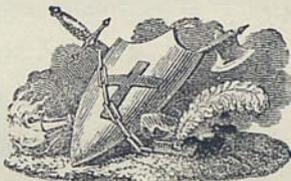
BIOGRAFÍA

DE

D. TIBURCIO DE REDIN, BARON DE BIGÜEZAL,

POR

EL MARQUES DEL AMPARO.



MADRID:

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE DON EUSEBIO AGUADO.—PONTEJOS, 8.

—
1861.



BIOGRAFIA

EL MARQUES DEL APARCO

MADRID:

1841

ADVERTENCIA.

Hay un libro impreso en Madrid el año de 1704 en la Imprenta Real, que se titula: «Vida y virtudes del Capuchino español, el venerable siervo de Dios Fr. Francisco de Pamplona, religioso lego de la seráfica religion de los Menores Capuchinos de nuestro Padre San Francisco, y primer misionero apostólico de las provincias de España para el reino del Congo en Africa, y para los indios infieles en la América, llamado en el siglo D. Tiburcio de Redin, Caballero del Orden de Santiago, Señor de la ilustrísima casa de Redin en el reino de Navarra, Baron de Bigüezal, y Capitan de los mas célebres y famosos de su siglo. Conságrala al misterio de la Concepcion Purísima de la Madre de Dios, sin pecado original, María Señora nuestra, su menor esclavo el P. Fr. Mateo de Anguiano, religioso Capuchino, predicador de la santa provincia de Castilla, Procurador y Secretario que ha sido de ella, y Guardian del convento de Alcalá de Henares y del Real de Santa Leocadia de la imperial ciudad de Toledo.»

Siguiendo el gusto del siglo en que vivia el autor de este libro quiso lucir su erudicion, llenándole de reflexiones teológicas y morales, y citas y comparaciones de la historia sagrada y profana, lo cual hace cansada por demás su lectura, y destruye todo el interés que pudiera tener la narracion no interrumpida de los hechos que consigna.

Este mismo religioso, Fr. Mateo de Anguiano, publicó en Madrid en el año 1685 la vida de D. Tiburcio de Redin, pero advirtiendo que se proponia escribirla mas estensamente luego que fueran en su poder nuevas noticias que esperaba adquirir; y que la publicacion de aquella breve reseña era efecto de las repetidas instancias que le habian hecho varios sugetos apasionados de aquel célebre personaje. El P. Anguiano cumplió su propósito, publicando el libro arriba citado.

Bien conoce quien estas líneas escribe, que la historia de D. Tiburcio de Redin no puede presentar sucesos de interés general, ni cautivar la atencion del lector con intrigas cortesanas, tramas políticas ó lances maravillosos; pero algun mérito debieron encontrar sus contemporáneos á los sucesos de su vida, cuando además del citado libro se escribió tambien una comedia con el titulo de *El Capuchino Español*, que fué impresa en Madrid el año 1747, en la cual se

ponen en escena varios episodios de su extraño caracter. Asimismo, los muchos retratos que se hicieron del personaje de que hablamos, testifican lo notable que se habia llegado á hacer. En el convento del Real Sitio del Pardo se ve uno pintado al óleo, y cuatro distintos y de diferentes tamaños conserva el Conde de Guendulain en su casa de Pamplona.

Nadie negará tampoco lo extraordinario que es hallar en el mismo hombre al apuesto soldado, audaz, iracundo y altanero, y al humilde, pobre y contrito Capuchino. Semejante contraste, que pone tan de relieve las miserias del corazon humano y el consuelo que dan las creencias religiosas, bien merece que se le dediquen algunas páginas. El autor de las presentes así lo ha comprendido: y estimulado además por contar entre sus antepasados á Don Tiburcio de Redin, en cuya misma casa ha nacido, ha procurado sacar de los muchos documentos originales que existen en el archivo de su hermano el Conde de Guendulain, heredero de los bienes y título de aquel caballero, noticias históricas que, unidas á las que consigna el P. Anguiano, le han proporcionado datos verídicos para formar la presente biografía.

FAMILIA DE LOS REDINES.

Residia en Pamplona á mediados del siglo XVI una ilustre y antigua familia navarra. Su gefe ó cabeza era D. Carlos de Redin, Baron de Bigüezal, casado con Doña Isabel de Cruzat, Señora de nobilísima cuna. D. Carlos habia sido capitan de infantería española, y militado gloriosamente durante 18 años en Flandes y en Italia, habiéndose hallado tambien bajo el mando del Sermo. Sr. D. Juan de Austria en el memorable combate de Lepanto. En todas ocasiones demostró gran inteligencia y valor, por cuyas circunstancias disfrutaba en su retiro de Pamplona de mucho respeto y consideracion. Lo atestigua bien claramente una certificacion de sus servicios, dada por el Marqués de Almazan, virey de Navarra, en la cual, despues de expresarse en términos muy honoríficos para D. Carlos, concluye diciendo: que durante su mando en aquel reino siempre se aconsejó de dicho caballero en los negocios graves, por la mucha prudencia y talento que tenia, y buen concepto que gozaba en el pais.

Cuatro hijos y tres hijas tuvieron en su matrimonio D. Carlos y Doña Isabel.

D. Juan se llamó el primogénito, abrazó en edad temprana la vida monástica y orden de San Benito, fué doctor y maestro en teología, y murió siendo joven aún en el Real Monasterio de San Martín de Madrid.

El hijo segundo fué el eminentísimo Príncipe Frei Martín de Redin, Caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, de la cual quedó electo Gran Maestre el día 17 de agosto de 1657. Antes había sido Gran Prior de Navarra, Maestre de Campo general de los ejércitos de Navarra y Cataluña, del Consejo de Guerra de S. M., Gobernador y Capitan General de Galicia, y Virey y Capitan General de Sicilia, donde se hallaba cuando fué elegido Gran Maestre. Murió en Malta el 5 de febrero de 1660, dejando preclara memoria.

D. Miguel Adrian, Caballero de Calatrava, era el tercer hijo: también siguió la carrera de las armas; militó en Flandes, en Italia, en Africa y América; obtuvo muy altos grados en la milicia; gozó de mucho renombre por su pericia y bizarría; y murió en un combate naval cerca de la Habana, peleando valerosamente y cubierto de gloria.

Por la muerte de D. Miguel Adrian sucedió en el mayorazgo de la casa de Redin su hermano D. Tiburcio, cuya biografía vamos á escribir.

De las tres hijas de D. Carlos y Doña Isabel dos tomaron el hábito de religiosas, y la otra, llamada Doña Rosa, fué la heredera de D. Tiburcio en los bienes y título cuando aquel tomó el hábito de Capuchino.

A la muerte del Baron de Bigüezal D. Carlos, eran todavía jóvenes sus hijos, y aún necesitaban de sus consejos y direccion; pero la Baronesa Doña Isabel se hallaba dotada de un temple de alma tal, que podia suplir al hombre mas enérgico, y reunia á este caracter un afectuoso cariño maternal y una profunda religiosidad: así fué que la educacion de sus hijos estuvo basada en mucha veneracion á Dios, y grande celo para el cumplimiento de las obligaciones que cada uno de ellos tuviese.

La Baronesa por su parte se hacia respetar y considerar á tal punto, que jamás les toleró, aun siendo ya hombres, entrar en su cuarto, cubrirse la cabeza ó sentarse sin preceder su permiso, que algunas veces no concedia. Poco tiempo les dejaba reposar á su lado; sacrificaba su ternura maternal, y hacia siguiesen con asiduidad las carreras que habian emprendido.

Se puede dar una idea del caracter rígido de Doña Isabel y de la autoridad que siempre procuró conservar sobre sus hijos, relatando el siguiente suceso.

Habiendo ido en una ocasion Doña Isabel á visitar á la Vireina de Navarra, la anunció una dueña diciendo: « La madre del Gran Prior.» La Baronesa la reprendió, advirtiéndola que ella suponía bastante sin su hijo.

BIOGRAFIA

DE

DON TIBURCIO DE REDIN, BARON DE BIGÜEZAL,

PRIMERA PARTE.

D. Tiburcio de Redin, General.

Don Tiburcio de Redin nació en la ciudad de Pamplona, capital del reino de Navarra, el 11 de agosto del año 1397, en la calle Mayor, casa núm. 37 (en la actualidad). El día 14 fué bautizado en la iglesia parroquial de San Saturnino, llamada entonces y ahora San Cernin.

En compañía de sus padres iba D. Tiburcio pasando su niñez; pero habiendo arrebatado la muerte al autor de sus dias, quedó encomendada su educacion á los cuidados de su madre. Amaba aquella Señora á este su último hijo con estremado cariño; y comprendiendo cual se debe el verdadero amor maternal, procuró imbuirle máximas sanas y caballerosas, y darle una educacion religiosa y esmerada.

Tenia D. Tiburcio gallarda presencia, mostraba grande aficion á la carrera de las armas, y ánimo

resuelto y esforzado. Su imaginacion se exaltaba al oir narrar los distinguidos hechos de su padre y hermanos, y continuamente rogaba á su madre que le permitiese ir á Italia, donde andaba cruda la guerra, á fin de combatir al lado de su hermano D. Adrian, que tenia en el ejército español que allí operaba el puesto de Capitan vivo.

Muy joven parecia á Doña Isabel su hijo para lanzarle á la penosa y errante vida militar: pero no pudiendo resistir por mas tiempo á sus reiteradas súplicas, le permitió que ciñese la espada á la edad de 14 años.

Santos, heróicos y corteses fueron los consejos que dió á su hijo la desconsolada madre antes de que partiese á buscar peligros en lejana tierra. Con toda la entereza de su varonil caracter recordó la Baronesa de Bigüezal á D. Tiburcio los valerosos hechos de sus antepasados, los blasones y timbres de su casa, y la obligacion en que estaba de añadir nuevo lustre á su familia. Le recordó especialmente que no olvidase nunca las máximas cristianas que le habia enseñado, y que en todas ocasiones se portara cual un cumplido caballero.

Atento y de rodillas escuchó D. Tiburcio la prudente plática, y despues de recibir la bendicion maternal, besar la mano y abrazar á esta respetable Señora, montó á caballo, y emprendió el camino de Milán.

Llegó á la capital de la Lombardía, ansiando con toda la vehemencia de su ardiente y juvenil imagi-

nacion entregarse desde luego á las fatigas de la guerra.

Pero su corta edad le obligó á permanecer algun tiempo á la inmediacion de su hermano Don Miguel Adrian, sin pertenecer oficialmente á las listas de los soldados que componian aquel ejército.

Sentada al fin su plaza en debida forma, perteneció sucesivamente á las compañías de D. Juan Manrique, de D. Juan de Silva, de Francisco de Murga y de D. Martin de Idiaquez.

Muy pronto dió pruebas de su valor, ofreciéndose á tomar parte en los empeños de mayor riesgo. Su ardimiento y bizarría le acreditaron en breve, entre sus compañeros, de soldado arrojado y valeroso.

En el cerco y toma de Vercelli fué uno de los 20 soldados que se escojieron para desalojar al enemigo, con un ataque atrevido y de noche, del camino cubierto del reducto San Andrés: D. Tiburcio se portó con su acostumbrado denuedo; y aun cuando fué gravemente herido, no dejó de pelear hasta haber obtenido el triunfo.

Apenas restablecido de sus heridas, le nombraron para una empresa de mucho riesgo; consistia esta en apoderarse de una obra de fortificacion, desde donde causaba el enemigo daño á nuestras tropas: la obra fué tomada.

En diversas ocasiones se distinguió durante el curso del sitio. El dia del asalto general se cubrió de gloria: en él fué nuevamente herido, pero no quiso retirarse de la pelea hasta la conclusion de la empresa,

á pesar de las amonestaciones de sus gefes y compañeros. Tambien le cupo la distincion de salir al encuentro de un socorro que el Duque de Saboya mandaba á la plaza.

Continuó D. Tiburcio trabajando sin descanso en la sangrienta guerra de Italia hasta fines del año 1619, que con Real licencia regresó á España, para atender á intereses de familia.

Habiendo llegado á Madrid, pronto frecuentó con intimidad las casas de muchos Señores principales de la Corte. Su nacimiento, el nombre y posicion social de sus hermanos, y el crédito de soldado valiente que él mismo habia adquirido en Italia, le facilitaron el trato y amistad de varios personajes. Además, su apuesta presencia, su elegancia en el vestir y su destreza en manejar toda clase de armas, le dieron un sitio distinguido entre las damas y caballeros. Pero su caracter y genio, que sin duda desde la niñez tenian el defecto de ser un tanto osados y atrabiliarios, se exaltaron con la vida guerrera que hasta entonces habia llevado. Así era que la menor contrariedad le exasperaba, y su mano estaba siempre dispuesta á tirar de la espada si se creia ofendido.

Muchos fueron los lances ruidosos que tuvo D. Tiburcio en la Corte y fuera de ella. Otros jóvenes atolondrados como él, y compañeros suyos, aplaudian y celebraban semejantes locuras; y de tal modo se acostumbró á tan inconveniente conducta, que en toda su vida militar, aun siendo ya de graduaciones superiores, se dejó arrastrar del caracter iracundo y de la afi-

cion á las pendencias y combates. Relataré en el curso de esta historia algunas de sus locas acciones, para que formando contraste con la humildad de la vida penitente y religiosa que despues abrazó, resalte mas el poder de las creencias cristianas. Pero sigamos anotando los relevantes servicios que prestó en la carrera militar.

Ascendido D. Tiburcio en sus graduaciones militares, desempeñó diversos mandos, y en todos dió pruebas de su mucho valor y grande aptitud.

En febrero de 1622 el Duque de Medinasidonia le dió á mandar algunas banderas de la armada de las Indias, por considerarle oficial de toda confianza, diciéndole que pasase inmediatamente con la fuerza que tenia á sus órdenes á San Lucar desde Cadiz, donde se hallaba, y así lo verificó, guarneciendo al propio tiempo la nave *Capitana* de la flota que mandaba el Marqués de Cadreita.

En el mes de abril del mismo año recibió D. Tiburcio el Real despacho de Capitan de mar, y se le comisionó para que en el buque *El Espiritu Santo* fuese á la isla de la Margarita, una de las de Sotavento, y á varios puntos de las costas de Tierra Firme, con el objeto de traer perlas y tesoros para S. M.

Llevaba el buque á sus órdenes, y desempeñó satisfactoriamente esta comision, de gran confianza y riesgo por estar siempre en acecho los enemigos de España, á fin de apoderarse de los galeones que venian de América. Terminado este servicio en el mes de junio de 1623, pasó D. Tiburcio á Madrid para dar cuenta al Rey de haber quedado cumplidas sus órdenes.

Al poco tiempo de esto prestó en la Habana un servicio importante, pues á riesgo de su vida fué á buscar los galeones que habian naufragado el año anterior, y logró salvar parte de las riquezas que traian.

En 1624 tomó en Sevilla D. Tiburcio de Redin el hábito de Santiago, y en el mes de febrero del mismo año fué destinado á las fuerzas de mar que mandaba el General Tomás de La Raspu. Despues sirvió en la campaña de Portugal con el Marqués de la Inojosa.

Hallábase en Sevilla en octubre de 1626 organizando tropas para la armada del S., cuando supo la espedicion arriesgada á que se preparaba la armada del Océano, pues iba á salir de Cadiz con el objeto de proteger los galeones que venian de América, porque habia noticias de que los ingleses, con gran número de buques, trataban de caer sobre ellos.

Don Tiburcio, que siempre estaba dispuesto á buscar y aprovechar ocasiones donde recojer laureles, solicitó y consiguió asistir como voluntario á la indicada espedicion, en la cual prestó servicios muy notables, segun lo acredita una certificacion dada por el General Don Fadrique de Toledo. Terminada que fué tan brillante empresa, regresó á Sevilla para continuar en el cargo que antes tenia.

Saliendo algun tiempo despues de Lisboa mandando un pequeño buque en la escuadra del General Vallecillo, peleó con dos embarcaciones enemigas, salvándose de ellas bizarramente. En este glorioso combate salió herido.

Habiendo regresado á Lisboa, volvió á salir á la mar con el galeon *Ntra. Sra. de Atocha* bajo las órdenes de D. Antonio de Oquendo, y combatió intrépidamente con dos buques ingleses, para salvar á un galeon que estos atacaban, y al que tenian ya desarbolado. Logró salvar el buque español, haciendo huir á los enemigos.

El Duque de Medinasidonia se hallada en una ocasion sobre la fortaleza de la Mármora, que estaba sitiada. Don Tiburcio fué desde Sevilla para ofrecerse á entrar socorros en la plaza, y se condujo con su acostumbrado valor.

En una espedicion que hicieron á las Antillas Menores las fuerzas navales españolas, mandadas por el General Vallecillo, trabaron combate con la escuadra inglesa, muy superior en número, cerca de la isla de las Nieves, cuya fortaleza protejia al enemigo. Don Tiburcio, que mandaba el galeon *Jesus y Maria*, se batia desesperadamente, y tuvo la desgracia de varar bajo los fuegos del fuerte inglés; el enemigo empezó á cañonearlo, pero Redin, sin perder aquella presencia de ánimo que jamás le faltaba, sacó á flote su buque, contestando al fuego de la fortaleza. Propuso luego al Almirante Oquendo hacer un desembarco en la isla, y aun le ofreció apoderarse de su castillo si le daba algunas chalupas. Oquendo atacó la isla, llevando á D. Tiburcio á la empresa; y á pesar de hallarse defendida por mas de 200 ingleses, fué tomada.

Cuando se ejecutó un desembarco en la isla de San Cristobal, encargó el General á D. Tiburcio que man-

dase la vanguardia para dirigir el ejército en aquella fragosa tierra: desempeñó este difícil servicio con gran valor é inteligencia, contribuyendo mucho al buen resultado de la empresa.

El Maestre de Campo D. Luis de Rojas tenia el mando de la expedicion para quitar al enemigo la isla de San Martin, y dió á D. Tiburcio el encargo de marcar la direccion que debian llevar las tropas que desembarcaran, pues confiaba en él por su mucha pericia en el arte de la guerra. Efectivamente, desempeñó su cometido con grande acierto. De tiempo en tiempo se subia sobre los árboles mas altos, y con una brújula en la mano marcaba el camino que las tropas debian seguir en aquellas espesuras.

Atacada que fué la fortaleza que dominaba á la isla era preciso, para lograr tomarla, posesionarse de un punto muy importante á fin de comenzar por él los ataques; la operacion era en extremo difícil y muy arriesgada, porque antes de llegar al indicado punto se hacia inevitable pasar por un estrecho desfiladero, adonde el enemigo, conociendo la importancia de aquella posicion, tenia apuntada su artillería, y coronada la muralla por sus mejores mosqueteros. El suelo de aquel desfiladero era de peña viva, cubierto de guijarros sueltos; de manera que ni podia abrirse trinchera, ni aprovechar la oscuridad de la noche para pasarlo sin ser visto ni sentido, por el ruido que con los pies se causaba en los cantos rodados. El General D. Luis de Rojas nombró á D. Tiburcio para llevar á cabo tan arriesgada empresa. Este pasó de noche resueltamente el terrible desfiladero, no sin

pérdida de alguna gente, y él mismo recibió dos balas de mosquete, una en el pecho y otra en el brazo. No le impidieron sus heridas tomar el punto deseado y mantenerse en él. Fué reforzado con mas gente, y al rayar el dia rompió sobre el enemigo tan certero y nutrido fuego, que muerto el Gobernador y muchos defensores del fuerte, tuvo éste que entregarse. Aconteció este suceso en el mes de junio de 1633.

Vuelto á Madrid D. Tiburcio le dispensó el Rey Felipe IV muchas distinciones, haciéndole la particular honra de regalarle una cadena de oro, que se ha conservado hasta nuestros dias en la iglesia del pueblo de Redin, en Navarra.

II.

No se hallaba contento D. Tiburcio con la tranquilidad de la vida ordinaria; su corazon belicoso necesitaba de emociones fuertes y frecuentes: así fué que tardó poco tiempo en volver á las fatigas militares.

Navegaba por las costas de Valencia en una embarcacion pequeña y mal pertrechada: iban con él D. Francisco de Ibero, Gran Prior de Navarra, y otros caballeros y soldados de nota. Les salieron al encuentro dos galeras de moros: todos opinaron que convenia evitar el combate, porque el buque que llevaban se hallaba sin condiciones para medir las fuerzas con enemigo tan superior. Don Tiburcio fué de opuesto parecer, y viéndose contrariado por el de sus compañeros montó en cólera, tiró de la espada, y dijo: «Aquí hemos

»de pelear hasta morir ó vencer; enemigos declarados
 »son de nuestra fe y patria, y pues la ocasion se nos
 »ha venido á las manos, la hemos de aprovechar con
 »la ayuda de Dios.»

Seguido el dictamen de Redin, aun cuando los otros lo creian una loca temeridad, trabóse el combate con los moros. La pelea fué recia y sangrienta, hasta que los laureles de la victoria quedaron para los españoles, teniendo que huir muy maltratados los buques enemigos.

Fué tan celebrado este heróico hecho, debido á D. Tiburcio, que el Rey le llamó á la Corte para darle un mando superior. Se presentó á S. M., y le fué conferido el mando en gefe de una pequeña armada que se habia mandado organizar en las costas de Cataluña, compuesta de unos bajeles de nueva forma, saetías y otras embarcaciones menores. El Real nombramiento se hallaba concebido en términos muy honoríficos para Redin, pues decia S. M., que le nombraba por ser D. Tiburcio persona práctica de las cosas de la guerra de mar y tierra; y le daba poder y plena facultad para que pudiese hacer, proveer y ordenar todo lo que conviniera para el buen gobierno y conservacion de dichas embarcaciones y gente de ellas.....; y concluia diciendo: «No tengo que encargaros el valor con que
 »habeis de proceder en todas las ocasiones que se ofrecieren, porque confio que cumplireis enteramente con
 »vuestras obligaciones como lo habeis hecho siempre.
 »En San Lorenzo á 26 de octubre de 1635.»

Desde luego se dedicó D. Tiburcio con su acostum-

brada actividad á preparar todo lo necesario, á fin de organizar á la mayor brevedad la nueva armada. Diferentes veces suplicó á S. M. se le diesen las debidas instrucciones para el desempeño de aquel mando, y que se le proveyera de medios para dar cumplimiento á sus Reales deseos. El Rey le contestaba que fuese á ver al Conde-Duque de Olivares, su primer ministro, y tratara con él sobre el asunto.

Así lo verificó D. Tiburcio en diversas ocasiones; pero el ministro, bien fuese porque carecia de medios para satisfacer las exigencias de Redin, ó bien porque no fuera de su agrado que se le hubiese dado aquel mando, se escusaba de recibirle con un pretexto ú otro.

Cansado D. Tiburcio (que gastaba poca paciencia) de semejantes evasivas, y no pudiendo lograr una sola entrevista con el Conde-Duque, esperó una tarde en las Cuatro Calles, acompañado de algunos camaradas y criados, á que pasase por allí el Privado, como diariamente lo hacia para ir al Retiro á ver las obras que se estaban ejecutando en aquel Real Sitio. Así que el coche llegó adonde se hallaba D. Tiburcio mandó este á los cocheros que parasen, pues que necesitaba hablar con S. E. Los cocheros no le hicieron caso; mas él, sacando la espada, se arrojó sobre el tiro y cortó los tirantes; y despues de envainarla fué á la portezuela del coche, donde habló enérgicamente al primer ministro: se le quejó de que no le hubiera recibido, y de la poca actividad que mostraba para cumplir las órdenes del Rey. El Duque, que conocia el genio violento

de Redin, procuró calmarlo, ofreciéndole satisfacer en breve sus deseos, á pesar de la gran falta de medios que tenia, lo cual tal vez le obligara á no despacharlo tan pronto como él deseaba.

Aconsejaron á Redin sus amigos que se ausentara de la Corte, porque el ministro estaba muy irritado é intentaba prenderle, sin embargo de las buenas relaciones en que siempre habia estado con él, y la deferencia con que le habia mirado hasta entonces. Siguió D. Tiburcio tan prudente consejo, y tomando la posta salió para Salamanca, y desde aquella ciudad se fué á Cadiz, donde se embarcó para Panamá. En esta poblacion encontró al Virey nombrado para el Perú, que era amigo suyo, quien le dijo la orden que tenia para prenderle y mandarle á España; pero añadió, que á fin de favorecerle todo lo posible saldria para la Península con el mando de un buque de guerra, y siendo portador de despachos muy interesantes. Le autorizó asimismo para preparar al objeto el buque que mas le acomodase de los que habia en el puerto, cuidando de elejirlo velero y tripularlo por gente de valor, porque tenia noticia de que un gran navio holandés estaba esperando al buque que debia partir para España á fin de participar, segun costumbre, la salida de los galeones.

Luego que D. Tiburcio escuchó la proteccion que le dispensaba el Virey, se propuso aprovechar tan buena coyuntura para procurar distinguirse con un brillante hecho de armas, que le reconciliase con el Rey y el primer ministro. Fué al puerto, y eligió el buque que le pareció mas pesado, é hizo lo cargasen de mucho

lastre á fin de que el enemigo creyera, si llegaba á avistarlo, que estaba lleno de riqueza, y codiciara mas la presa. Tripulado que fué por gente escojida, recibió del Virey los pliegos, y se dió á la vela. Al poco tiempo de haber salido del puerto hizo clavar la artillería, y dió á la tripulacion las instrucciones convenientes para llevar á cabo su proyecto.

No tardaron mucho en descubrir al buque holandés, que con gran diligencia se dirigió sobre el español. Los soldados de este dispararon una pieza reservada al efecto, arriaron velas, y pidieron cuartel. Acercóse el holandés, y los marineros españoles lo amarraron con garfios al suyo, para que no balancease. El capitán enemigo, gozoso y fuera de sí por haber logrado tan notable presa, cometió la inexcusable imprudencia de saltar al barco español sin precaucion alguna con muchos de sus soldados; desde luego preguntó por el capitán, y habiéndole contestado que se hallaba enfermo, se encaminó á la cámara: pero al entrar en ella, D. Tiburcio le tiró un pistoletazo, y á esta señal, que era la convenida, se trabó una terrible refriega entre españoles y holandeses. Aquellos con Redin á la cabeza se precipitaron en el navío holandés, y se apoderaron de él. Los holandeses, que en gran número se habian esparcido por el buque español, trataron de servirse de la artillería de este para recuperar el suyo, pero hallándola clavada se consideraron irremisiblemente perdidos, y tuvieron que rendirse.

Repartió D. Tiburcio su gente entre ambos buques, y con ellos arribó á Cadiz. Inmediatamente dió á la

Corte cuenta de su arribo, y de los pliegos que traia; pasó luego á ver al Rey, quien le recibió muy bien; el primer ministro olvidó su ofensa, renovó con él su antigua amistad, y en breve partió Redin á desempeñar el mando que antes se le habia conferido, de la armada de Cataluña.

No hay duda que la accion de apoderarse del navío holandés fué un hecho de gran valor y perfectamente combinado; pero los medios de que se valió D. Tiburcio tal vez se tachan de un tanto impropios á los sentimientos nobles y caballerosos que le adornaban. Lástima es que pueda hacerse esta observacion sobre un hecho tan heróico.

Con fecha 2 de abril de 1637 se le comunicó á Don Tiburcio que habia sido nombrado General de la primera flota de Tierra-Firme.

En 21 de diciembre del mismo año le fué espedido el título de Maestre de Campo para ir en la espedicion contra Francia mandada por el Marqués de Valparaiso, quien consigna en un certificado los distinguidos é importantes servicios que prestó Redin.

Aún podrian relatarse mas hechos de armas de Don Tiburcio, pues en los 24 años que siguió la carrera militar, pocos contó de sosiego. Todos los Generales á cuyas órdenes militó, encomian, en las certificaciones que le dieron, su bizarría é inteligencia en el arte de la guerra, lo mismo en tierra que en la mar.

Ya se ha visto que sirvió indistintamente en uno y otro ejército; pero todos convienen en que era muy entendido en la marina, á la que perteneció casi siempre.

En el año de 1634 habia muerto su hermano Don Miguel Adrian peleando valerosamente en un combate cerca de la Habana, segun antes hemos indicado: con su muerte heredó D. Tiburcio sus bienes y la baronía de Bigüezal, pasando tambien á percibir el acostamiento de 40.000 maravedis que aquel disfrutaba.

III.

Era D. Tiburcio, como ya hemos dicho, de gallarda presencia; tenia una cicatriz en la frente, señal sin duda de alguna travesura de su niñez, pues ya se la anotaron en su filiacion al entrar en la carrera de las armas. Era fornido de cuerpo, dotado de gran agilidad y destreza para saltar, trepar, correr, nadar y esgrimir toda clase de armas. En el nuevo mundo hizo prodijios de valor, y llegó á ser tan formidable su nombre, que las mugeres, para atemorizar y hacer callar á los niños cuando lloraban, les decian: «Que viene Redin.»

Sus prendas morales eran muy dignas de aprecio, y hacian de él un eminente soldado y un distinguido caballero, pues era generoso, atento, veraz, activo, sagaz y vigilante.

Pero todas estas relevantes cualidades quedaban con frecuencia oscurecidas (sensible es decirlo) por su genio irascible y su caracter exajeradamente pundonoso. Voy á contar, segun antes he ofrecido, algunos de los muchos y ruidosos lances que tuvo en su vida,

particularmente en Sevilla y Madrid, poblaciones que frecuentó D. Tiburcio; pues no quiero, á fuer de concienzudo historiador, dejar de consignar lo mismo las buenas que las malas acciones del notable personaje cuya biografía escribo.

El siguiente suceso pinta bien el caracter firme y genio colérico que tenia D. Tiburcio. Hallándose embarcado, descansaba despues de comer sobre cubierta sentado en una silla; dos soldados de la tripulacion del buque se trabaron de palabras, y por dos veces se levantó á ponerlos en paz; volvieron sin embargo á la pendencia con gran estrépito de voces, y entonces Redin, montado en cólera, tiró de la daga, y se dirigió contra el motor de la pendencia: temió este su furia, y para huirla se arrojó al mar; pero D. Tiburcio, lanzándose tras él, en el agua le dió de puñaladas.

Iba una noche por las calles de Madrid acompañado de varios de sus amigos, y encontraron al Alcalde Veas-Vellon con su ronda. A la pregunta de «¿qué gente?» contestó D. Tiburcio: Militares de puesto. —¿Qué militares?» y respondió él mismo: «D. Terencio, D. Fulgencio, D. Fermin y D. Tiburcio de Redin» (que efectivamente así se llamaban). Tanto tin, tin, tin, dijo el Alcalde (en broma, pues los conocia), parece gerigonza. Pero amostazándose D. Tiburcio le replicó: «¿Qué mas gerigonza que Veas-Vellon?» y tirando de la espada puso en fuga á la ronda.

Fué en una ocasion á una casa de juego en Madrid, muy nombrada en aquel tiempo, que se la conocia con el nombre de *Zapatilla*. Cerca de una chimenea habia

sentados varios caballeros, y todos, excepto uno, brindaron con su asiento á D. Tiburcio. El que no ofreció su silla era tenido por valiente y espadachin, y de ello se preciaba él mismo. Don Tiburcio le agarró, le arrojó de la silla, y sentándose en ella, dijo dando las gracias á los demás: «Este es el asiento que me corresponde.» El maltratado caballero se alborotó, como era natural que sucediese; pero mediaron los demás, y reconoció que habia faltado á la urbanidad con Redin.

Se hallaba un dia D. Tiburcio en la citada casa jugando con un eclesiástico, Dignidad. Ignoraba éste sin duda el genio de Redin, porque es de creer que si lo hubiese conocido se mirara mas en ofenderle sin razon, como lo hizo con palabras inconvenientes, y aun propasándose hasta amenazarle. Don Tiburcio tributaba siempre gran respeto y consideracion á los sacerdotes, y luchando entre estos sentimientos y el deseo de castigar la ofensa que acababa de recibir, se le vió un momento parado, pero brotando fuego por los ojos, hasta que sacando la espada cortó un pedazo del manteo de quien le habia agraviado, y le dijo: «Esto basta para »cumplir con el mundo, y el no pasar á mas puede V. »agradecerlo á su estado y caracter.» Se marchó, y no volvió á jugar con eclesiástico alguno.

Un dia que iba D. Tiburcio por la calle de San Ginés con otros amigos, encontraron á un hombre vendiendo perdices; le tomaron varias, y entraron en la casa de juego de *Zapatilla*, á jugarlas á la flor. Se hallaban muy entretenidos, cuando los criados de la casa les avisaron que subia la justicia; efectivamente, el Al-

calde con la ronda entró en la sala. Todos los circunstantes dejaron las cartas y le saludaron, pero Redin se quedó quieto, y tendiendo sus naipes en la mesa dijo con mucha calma, como si no se apercibiese de lo que pasaba: «Tengo flor, he ganado; mias son las perdices.» Sacó luego del bolsillo unos anteojos, y mirando sosegadamente al Alcalde le preguntó: «¿Qué es lo que V. manda?» Este respondió que tenia orden de S. M. para prender á cuantos militares se hallasen en las casas de juego; y los alguaciles se prepararon para ejecutar esta orden, tomando las puertas y la escalera; pero D. Tiburcio, tirando de la espada, dijo: «El Rey, mi Señor, no priva á los militares los entretenimientos decentes;» y arremetiendo á la ronda, sin ofender al Alcalde, se abrió paso para él y sus camaradas.

Aconsejaron á Redin que se ausentara de Madrid, pues aquel suceso iba á tener malas consecuencias; mas él únicamente tomó la precaucion de no presentarse en público, y de salir á sus visitas en una silla de manos como las que usaban para llevar á los enfermos, á fin de ser menos visto que en coche, pues no chocaba el que fuera toda cerrada. El asunto sin embargo tomó mal aspecto, y tuvo que marcharse en posta á refugiarse en la Armada Real. Desde Sevilla escribió á S. M. dándole cuenta de todo el suceso; y el Rey, que le apreciaba mucho, le dió una áspera reprimenda, y se echó tierra al indicado acontecimiento.

Don Tiburcio se hallaba una noche en un teatro de Madrid, donde representaban una pieza en la cual se hacia burla y ponía en ridiculo al antiguo reino de Na-

varra. Al ver Redin tan maltratado á su pais natal se le subió la sangre á la cabeza, y saltando al escenario empezó á repartir á diestro y siniestro latigazos con la espada, y dejó el foro desocupado.

Hallándose en Sevilla con su compañía, un soldado de ella fué preso por la justicia ordinaria y condenado á muerte, cuya sentencia se le notificó. Reclamó D. Tiburcio al reo para que fuera juzgado conforme al fuero que disfrutaba, pero la contestacion del Presidente de la Sala fué negativa, y sin duda en términos poco convenientes. Irritado D. Tiburcio marchó á la prision donde se hallaba el reo, y le pidió; mas no queriendo entregárselo tiró de la espada, y se dispuso á arrancarlo por la fuerza; entonces se lo entregaron.

En la misma ciudad entró una noche en una casa principal, pues habia creido que la señora de ella estaba dispuesta á recibirle. Los criados le sintieron, dieron aviso á su amo, se alborotó la casa y el barrio, y todos cargaron sobre D. Tiburcio, quien se vió muy apurado para lograr salvarse. Inmediatamente se embarcó para Cadiz, y pidió al General de la Armada, á la que él pertenecia, pusiera á su disposicion un buque. Concedida que le fué su peticion marchó con él sobre Sevilla, con ánimo de vengarse del barrio que tan mal le habia tratado; mas sabido por el Asistente de aquella ciudad el loco y criminal intento de Redin pasó á su buque, le afeó su proceder, y le hizo desistir de su proyecto. Vuelto Redin á Cadiz contó francamente al General el objeto de su espedicion, por cuya causa estuvo preso algunos dias. La historia de donde se han toma-

do las noticias para formar la presente biografía dice que llevó 4 bajeles de guerra, y que su ánimo era cañonear á Sevilla. Esto parece absurdo, pues aun es muy extraño que el General de la Armada le hubiese franqueado uno, y sobradamente criminal y escandaloso el solo proyecto de vengarse del barrio.

En las diversas ocasiones que estuvo en Sevilla y en Madrid, rara vez ocurrió lance ruidoso y de empeño (como se decia en aquella época) en el cual no representara D. Tiburcio un principal papel. Los tuvo de gran peligro, pero su valor y destreza en las armas le sacaban con bien de todos ellos. En los paseos, en los teatros, en los toros, tuvo mil pependencias y reyertas, pues encontraba un agradable pasatiempo en andar á cuchilladas. Seguramente que sin el favor que le dispensaba S. M., y sin las buenas relaciones en que se hallaba con el Conde-Duque y otros personajes de la Corte, le hubiesen costado caras sus locuras en muchas ocasiones. Además, la fisonomía de aquella época galante y pependenciera, hacia que no escandalizasen estremadamente las desatentadas acciones de D. Tiburcio. Y en verdad que este caballero pudo servir de tipo por su osadía y locuras al mismo D. Juan, héroe de *El Convidado de piedra*. Al fin llegó un día en que el dedo de la Providencia le señaló el camino del arrepentimiento; y lo siguió con aquel ardor y con aquella vehemencia que habia mostrado en su tormentosa vida.

Hallábase D. Tiburcio en Madrid en ocasion que se trabó en la Puerta del Sol una sangrienta pendencia con los criados de la princesa de Cariñana. Montó Redin á

caballo, y seguido de sus lacayos acudió al sitio de la pelea, bien fuese con el laudable objeto de contribuir á apaciguarla, ó tal vez arrastrado por su ciega pasion de encontrarse en semejantes lances; siendo mas probable lo primero en la posicion social que entonces ocupaba, y en su edad, que pasaba de 40 años.

Apenas llegó á la Puerta del Sol recibió en la cabeza tan terrible pedrada, que cayó del caballo como muerto. Conducido inmediatamente á su casa dijeron los facultativos que el golpe era mortal, y que sería milagroso si sobrevivía.

Fué sentido en la Corte este funesto accidente, pues D. Tiburcio estaba muy relacionado y era querido.

Pasado algun tiempo dió señales de volver en sí, y sus primeras palabras fueron: «María Santísima, amparadme.» Continuó la mejoría, y el enfermo pidió los Santos Sacramentos luego que estuvo en disposicion de recibirlos. Hizo testamento, mostró gran arrepentimiento de sus pasadas faltas, y se resignó cristianamente á esperar la voluntad de Dios. Su salud seguía mejorando, y D. Tiburcio formó el proyecto de retirarse de la vida del mundo, renunciar sus bienes, gerarquía y honores, y entregarse de lleno á una vida religiosa y penitente. Para llevar á cabo este pensamiento determinó ir á convalecer á Pamplona.

IV.

En la capital de Navarra estableció un método de vida muy retirado; solo se hacia visible para cumplir

con las exigencias sociales que reclamaban los muchos parientes y amigos que allí tenia: el resto del tiempo lo dedicaba á la devocion.

A últimos de mayo de 1638 fué una tarde D. Tiburcio al convento de Capuchinos, sito estramuros de la ciudad; hizo llamar al Guardian, que á la sazón era Fr. Francisco de Calatrao, religioso dotado de gran virtud y saber; pasaron juntos á la huerta, y entraron en una ermita que habia en ella, dedicada á Santa María Magdalena. Redin dijo entonces al Padre que tenia que hablarle de asuntos de gran interés para su alma.

La soledad en que se hallaban, la tranquilidad que reinaba en torno suyo, y el encontrarse en un pobre templo consagrado á una gran Santa, que habia sido tambien una gran pecadora, eran todas circunstancias capaces de exaltar la imaginacion mas apagada. La de Redin, vehemente en extremo, no necesitaba de estímulos que le escitasen y fortaleciesen en la resolucion que habia tomado con toda la energía de su caracter. Con humilde acento manifestó al Guardian que estaba resuelto á tomar el hábito de lego Capuchino.

El P. Calatrao, como hombre de saber y prudencia, le hizo muchas reflexiones sobre su propósito, procurando con diversas razones disuadirle, á fin de probar si obraba á consecuencia de una madura determinacion ó de un arranque de su genio violento, porque temia, segun le indicó, que resentido de alguna contrariedad que sufriera en su fortuna ó en su valimiento en la Corte, hubiese tomado tan séria resolucion.

Le espuso tambien lo difícil que le sería acostum-

brarse á la austera regla Capuchina, la que tal vez no podria soportar, puesto que su salud se hallaba quebrantada por las muchas heridas que habia recibido en sus largas campañas, y por las privaciones sufridas en las continuas fatigas militares.

Nada bastó para que D. Tiburcio variase de resolucion. Contestó al Guardian que su fortuna no habia sufrido menoscabo; que en nada habia decaido para con él la estimacion que el Rey le dispensaba; y que ningun otro motivo le impelia á tomar el hábito de religioso sino los deseos de su propia conciencia, los cuales germinaban en su corazon hacia mas de 7 años; porque aun en los tiempos de su mas desarreglada vida no llegaron nunca á borrarse de su memoria las sanas máximas que le inculcaron en la juventud, y siempre habia conservado una tierna devocion á la Virgen Santísima; y concluyó diciendo: «Los trabajos »no me harán novedad, por los muchos que he padecido »hasta hoy en la guerra por mar y tierra; y aun cuando »no hubiera tenido otro (añadió en tono festivo) que el »de 7 años de tormento en los pies por la locura de »calzar ajustado, era prueba bastante de mi sufrimiento.»

Separáronse el Guardian y D. Tiburcio, quedando este muy prendado de la discrecion del religioso (como que desde aquel dia le tomó por su Padre espiritual).

El Prelado recomendó de nuevo á Redin que reflexionase detenidamente antes de llevar á efecto su resolucion, mientras él escribia al P. Provincial, que se hallaba ausente.

En la segunda entrevista volvió el Guardian á sondear la vocacion de D. Tiburcio; y convencido de lo resuelto que estaba á entrar religioso le dijo, que siendo buen latino, como lo era, y hombre que habia recibido una ilustrada educacion, sería mucho mas conveniente para él, y ventajoso para la religion á que deseaba pertenecer, que no entrase de lego sino de corista, y así podia seguir la carrera y prestar á la Orden servicios distinguidos. Contestó Redin, que su deseo de ser lego provenia de querer renunciar para siempre á toda distincion y gerarquía en este mundo, y tambien para precaverse contra los estímulos de la ambicion, porque de lego á nada podia aspirar.

El Guardian, á fin de probar la obediencia y humildad de D. Tiburcio, le previno que convenia participase su resolucion al Virey y al Obispo, y que solici-tase su venia. Sabia el P. Calatrao que con ambos personajes se hallaba reñido.

Se presentó D. Tiburcio en la antesala del palacio del Obispo, que á la sazón era D. Pedro Fernandez Zorrilla, con quien pocos meses antes habia tenido en Madrid una gran cuestion, por haber comprado este Señor una quinta cerca de Pamplona, llamada Olachipi, finca perteneciente al mayorazgo de Redin, y que D. Tiburcio tenia empeñada. Hallábase de page de guardia el mismo que estaba en Madrid el dia que tuvo la desazon con el Obispo. Cuando fue anunciado Redin se alarmó S. I., y exclamó en voz que pudo aquel oír: «Temo que venga á matarme, pero andad, decid que »entre S. S.» Paso á la cámara D. Tiburcio, y se arro-

jó á los pies del Obispo, pidiéndole perdon de la anterior ofensa. Este, admirado de tanta humildad, se puso tambien de rodillas, y lloraron juntos, el uno de arrepentimiento, y el otro asombrado de los decretos de la Divina Providencia. Despues de besar los piés al Prelado se levantó D. Tiburcio, y conversaron sentados uno junto al otro.

Le dió conocimiento de la resolucion que tenia formada de tomar el hábito de Capuchino; le suplicó guardase secreto; y despues de recibir la bendicion del Prelado se retiró, quedando con este en la mejor armonía.

Llegó el permiso del P. Provincial de Capuchinos para que D. Tiburcio tomase el hábito, mandando que fuese al convento de Tarazona á pasar el noviciado. Cuando Redin leyó la orden la besó, y se dispuso á partir inmediatamente, ocultando á todos, y aun á su misma madre, el objeto de su viaje. Dejó encargado al Obispo que cuando le avisase que habia tomado el hábito fuera á participarlo á dicha Señora, y á consolarla en su natural afliccion.

Así que llegó á Tarazona, y antes de entrar en el convento, visitó al Obispo de aquella diócesis, que se llamaba D. Baltasar Navarro de Arroitia, antiguo amigo suyo.

Admirado quedó Arroitia al oir á Redin su resolucion, y le instó á que, ya que se hacia religioso, fuese de Misa y no lego; pero la contestacion de este fué la misma que habia dado al Guardian del Convento de Pamplona.

En Tarazona escribió D. Tiburcio una respetuosa y sumisa carta al Marqués de Valparaiso, Virey de Navarra, con quien habia tenido una desavenencia por no haber querido dar tratamiento á Redin y este al Marqués, cuando ambos se hallaron en las operaciones militares sobre la frontera francesa. Al recibir el Virey el pliego dentro de otro del Obispo de Tarazona conoció la letra de Redin, y para mas certificarse miró la firma antes de leerlo, y exclamó: «O D. Tiburcio de Redin ha perdido el juicio, ó ha mudado de hábito.» Tanto era sin duda lo que le estrañaba que Redin en su caracter le escribiese. Cuando se enteró del contenido se le saltaron las lágrimas, y admiró los decretos de Dios.

Redin, despues de haber entrado en el convento con las ceremonias y formalidades acostumbradas, escribió á su madre, dándola parte de su resolucion y pidiéndola su bendicion maternal. Entregó esta carta al criado que le habia acompañado á Tarazona, le dió algunos doblones como recompensa de sus servicios, y le dijo: «Vete, que yo aquí me quedo para hacer penitencia de mis culpas; encomiéndame á Dios, y perdóname los malos ejemplos que te he dado.» El fiel y antiguo criado se despidió enternecido.

Luego que la Baronesa viuda de Bigüezal supo la determinacion de su hijo tomó el coche, y pasó á ver al Virey para rogarle que intercediese con S. M., á fin de que no permitiera que su hijo llevase á cabo su proyecto. El Marqués procuró consolarla, y la espuso las razones que habia para creer verdadera y muy de

corazon la vocacion de D. Tiburcio; añadiendo que era de esperar que con el firme caracter y capacidad que tenia este, llegase á ser un eminente religioso.

Era costumbre de los Capuchinos, que los novicios pasasen dentro del convento en traje seglar algunos dias, antes de vestir el hábito. El Obispo de Tarazona, aprovechando esta circunstancia, instó nuevamente á Don Tiburcio á que entrase de corista y no de lego; pero volvió aquel á decirle, que conociendo bien su propio genio y altivez, temia que con el tiempo se despertara su ambicion, y entonces deseara dominar á todos los demás religiosos; y que para evitar llegase este caso queria ser simple lego. Efectivamente, así lo consiguió.

En 26 de julio del año 1638 vistió el hábito de religioso lego, á la edad de 40 años cumplidos.

Segun se practicaba en la Orden de Capuchinos, desde el momento que perteneció á ella cambió su nombre y apellido, llamándose en adelante *Fr. Francisco de Pamplona*; y tambien fue conocido los últimos años de su vida bajo el dictado de *el Capuchino español*.

Muy sentido fué en la Corte el retiro del mundo de D. Tiburcio de Redin; y aun hablaron al Rey algunos de sus amigos para que interpusiera su autoridad, y evitase que Redin continuara de Capuchino. Pero el Monarca les contestó: «Dejadle que siga con su vocacion, »pues aunque siento la falta de tan gran soldado, es »pero en Dios que no nos ayudará menos con sus oraciones que pudiese hacerlo con su espada.»

Algunos de los conocidos de D. Tiburcio en Madrid no creian su toma de hábito, y hubo caballero

que montó á caballo, y fué á Tarazona para ver por sí mismo si era cierto. Admirado quedó al contemplar á Redin trasformado en humildísimo y penitente religioso; pero no pudo menos de decir al Obispo: «Alabo los
»altos misterios de Dios y sus disposiciones, pero com-
»padezco á estos pobres religiosos, porque temo que
»han de tener mucho que sufrir, y que algun dia Don
»Tiburcio, llevado de su cólera, haga pedazos ollas y
»platos, y á ellos los muela á golpes y palos.»

Era de temer que D. Martin de Redin, que se hallaba en Zaragoza, tomase á mal la resolucion de su hermano. El Virey fué encargado de comunicársela; mas D. Martin la oyó razonablemente.

Don Tiburcio de Redin, vástago de ilustre cuna, llevaba el título de Baron de Bigüezal, y poseia bienes bastante cuantiosos. Habia seguido por espacio de 24 años la carrera de las armas, y regado muchas veces con su sangre los campos de batalla; llegó á obtener el empleo de General; fué muy apreciado y distinguido por el Rey Felipe IV, y considerado por los Grandes de la Corte; gozaba en el ejército de gran celebridad, por su valor á toda prueba y pericia militar en mar y tierra; y su deseo de prestar servicios á su Rey y Patria era tan desinteresado, que durante largas temporadas sirvió en los ejércitos sin retribucion alguna, segun lo certifica el General Duque de Medinasidonia.

Pues bien, tan brillante posicion y esclarecidos servicios los dejó á un lado, olvidándolos para siempre, y fué á sepultarse en el cláustro de un pobre convento, vistiendo el humilde hábito de lego Capuchino. Ejem-

plarísimo fué su noviciado, y por fin se le cumplió su ardiente deseo de profesar.

Veremos en el curso de esta biografía con qué celo evangélico siguió D. Tiburcio la penosa carrera de misionero, imitando en su mucha piedad cristiana á su pariente San Francisco Javier.



SEGUNDA PARTE.



D. Tiburcio de Redin, lego Capuchino.

I.

Aquel altivo General y galante cortesano le vemos ya trasformado en humilde y pobre lego Capuchino. Vestido con un hábito miserable, corto y remendado, guardaba con el mundo la comunicacion mas rigurosa en cuanto se lo permitian sus obligaciones, y se imponia las penitencias mas ásperas. Muchas veces le obligaban los superiores á calzarse las sandalias, por tener los pies destrozados de andar sin ellas. Aprovechaba todas las ocasiones en que pudiese desempeñar los servicios mas humillantes para ponerse bajo los pies de todo el mundo, por si algun rastro de orgullo conservaba.

En una palabra, su vida era ejemplarísima en virtud, humildad y penitencia; y si alguna vez se dejó arrastrar por su antiguo irascible genio, no fué con fines reprobables, y á la falta siguió el arrepentimiento. Citaré algunos sucesos que le acontecieron siendo ya Capuchino, y que pintan con exactitud al hombre violento contenido por el freno religioso.

Hallábase de conventual en Tudela, y fué un dia

con otro religioso á la villa de Cortes para hacer la cuestacion. Entraron en la casa donde solian hospedarse, que era la de una viuda, y así que esta vió á los dos Capuchinos les pidió proteccion contra 4 soldados que tenia alojados, pues se permitian los mayores escesos, y trataban de atropellar á las criadas. Los religiosos amonestaron á los militares á guardar compostura y tener juicio; pero estos, desoyendo sus consejos y súplicas, seguian en su mal comportamiento. Convencido Fr. Francisco de que con aquellos hombres los raciocinios eran escusados, suplicó al ama de la casa que se retirara á otra habitacion con las criadas, y él se propuso dar á conocer á los indisciplinados soldados su robusto brazo y antiguo valor. Así fué que cerró con ellos, báculo en mano, con tal intrepidez, que á garrotazos les hizo rodar por la escalera, y los echó de la casa. Despues supieron los soldados quién era aquel fraile, y se marcharon del lugar.

En otra ocasion estaba Fr. Francisco de portero en el convento de Peralta, en Navarra. Un dia varios jóvenes del pueblo, de los llamados señoritos, daban escándalo con unas criadas á la puerta del convento: Fr. Francisco les afeó su conducta; pero ellos, lejos de renunciar á sus escesos, tiraron de las espadas, amenazándole con ponerle la cabeza á los pies. Esta baladronada dispertó el ardimiento del antiguo D. Tiburcio, y agarrando la escoba, que sin duda tendria un recio palo, despejó las inmediaciones de su portería de aquellos insolentes huéspedes.

Hallándose Fr. Francisco en Zaragoza, una tarde

iba por la calle del Coso con cuatro cántaros para su convento; dos llevaba en las manos, y dos debajo de los brazos: le encontraron el Virey de Aragon y el General del ejército de Cataluña D. Martin de Redin, hermano de Fr. Francisco, que iban á paseo en coche. Así que le vieron, mandaron á un lacayo que fuese á decirle que lo esperaban, y que podia entregarle los cántaros para que los llevase al convento. Fr. Francisco se aproximó al coche, mas no quiso, por mas instancias que se le hicieron, ni entrar en él, ni dar á otro su carga. Viendo la negativa el Virey y D. Martin se apearon, y uno á un lado y otro al otro del lego fueron con él conversando hasta llegar al convento.

Cinco años hacia que Fr. Francisco habia vestido el hábito, cuando su madre Doña Isabel de Cruzat enfermó gravemente: escribieron sus parientes á Zaragoza al Provincial de Capuchinos para que permitiese ir á Pamplona á Fr. Francisco, y mandaron dos mulas para su viaje, y al capellan de su madre para acompañarle. El P. Provincial dijo á Fr. Francisco que fuese con otro religioso á cuidar de la enferma. Inmediatamente se puso en camino, rehusó las cabalgaduras, y á las observaciones que le hizo el capellan de que perdía tiempo, pues tardaria mas en llegar, y su madre estaba muy mala, contestó que él habia renunciado ya á toda relacion con el mundo, y que aquel viaje no lo hacia como un hijo, sino como un religioso obedeciendo á un mandato del P. Provincial, y que por lo tanto tenia obligacion de guardar todas las reglas que prescribia la Orden. Salieron á una legua de Pamplona

á esperarle con un coche, pero tampoco quiso servirse de él. Cuando llegó á la ciudad fué primero á dar obediencia al Guardian de Capuchinos, y despues á ver á su madre, á la que asistió esmeradamente hasta que se encontró muy mejorada. Entonces se fué Fr. Francisco al convento de Peralta para huir de los obsequios de sus parientes y antiguos amigos. Atacada de un nuevo accidente la Baronesa viuda, murió hallándose ausente Fr. Francisco, el cual regresó á Zaragoza desde Peralta.

En el primer viaje que hizo á Andalucía despues de ser religioso, llegó á la venta llamada de *Juan de Dios*, cerca de Yévenes; preparó el ventero la comida para Fr. Francisco y su compañero, que era el Prefecto de la mision del Congo, y trabó con ellos conversacion. «Deseo saber, dijo dirijiéndose á Fr. »Francisco, si es cierto que ha entrado en vuestra »religion un soldado muy afamado llamado D. Tibur- »cio de Redin.—Sí hermano, ya es profeso en nues- »tra santa religion.—¡Gracias á Dios, repuso el ven- »tero levantando los ojos al cielo, que le ha traído á »verdadero camino! Pero dígame, Padre, ¿le parece »que permanecerá en ella?—Confio en Dios, herma- »no, que sí, pues su Magestad divina le ha hecho ese »tan singular beneficio de traerle á ella.—Vive diez, »Señor mio, que lo temo mucho, porque hombre tan »tremendo y desbaratado como él, no le he visto en »mi vida. Siempre que pasaba por esta venta, al instan- »te la emprendia con cuantos habia en ella, á unos á »palos y á otros á pescozones; y á mí y á mis criados

»haciéndonos muchas burlas, nos puso varias veces en »términos de perdernos: mal hombre era.» Y siguió refiriendo Juan de Dios varios lances de los que habian pasado, ponderándolos exajeradamente, y Fr. Francisco los censuraba y acriminaba mucho. El ventero no habia reconocido al antiguo Redin, pero este sí al ventero, y deseaba darle una satisfaccion de las injurias que en otro tiempo le hiciera. Así fué que cuando concluyó de contar sus historias, el lego se arrojó á los pies de Juan de Dios diciendo: «Yo soy D. Tiburcio de Redin;» y le pidió humildemente perdon de los agravios que le tenia hechos, le suplicó que le hollase con sus piés, se los besó, y vertió lágrimas de arrepentimiento. El ventero aturdido, maquinalmente se arrojó tambien, y abrazándose fraternalmente se separaron con las lágrimas en los ojos.

Cuando llegó á Sevilla Fr. Francisco, tuvieron sus muchos conocidos en aquella ciudad gran curiosidad de verle de fraile Capuchino; pero él huia el trato de las gentes, y pasaba su vida en desempeñar las ocupaciones de lego, y en practicar ásperas penitencias y largas oraciones. Le mandó el P. Guardian que llevase la cruz del convento en la procesion del Corpus: marchaba con ella con aspecto humilde; pero habiendo llegado á un sitio en el que cuando era militar y calavera habia matado á un hombre en una pendencia, sintió un arrepentimiento tan vivo y vehemente y se indispuso á tal punto, que el Guardian le mandó diese á otro la cruz que llevaba, y que se retirara al convento.

Durante su estancia en dicha ciudad, teatro de sus

antiguas fechorías y galanteos, y donde tanto habia llamado la atencion por su altivez y gallardía, procuraba Fr. Francisco atravesar la poblacion por los sitios mas públicos cuando llevaba carga sobre los hombros ó desempeñaba otras faenas humildes, á fin de rebajarse mas y mas á los ojos de las mismas personas que tan orgulloso y lujosamente ataviado le habian visto en otra época.

Por mas que procuraba sofocar su genio violento, algunas veces no lo conseguia. En Sevilla fué un dia insultado groseramente por un comerciante; se hallaban cerca del rio, y Fr. Francisco, agarrando con sus vigorosos brazos al provocador, corrió á precipitarlo en el Guadalquivir: otro religioso le dió voces recordándole la locura que iba á hacer, y Fr. Francisco, pasando instantáneamente de la cólera al arrepentimiento, se postró á los piés del comerciante implorando su perdon por su accion atropellada, y le pidió le pisase la boca y le diese de golpes en castigo de su mal proceder. El hombre quedó admirado de la humildad de aquel pobre lego (que despues supo quién era), y sintió haberse portado con él tan malamente.

Hallándose Fr. Francisco en San Lucar de Barra-meda, supo que aún vivia allí un caballero de la primera nobleza á quien en tiempos pasados insultó, y se propuso echarse á sus pies y pedirle perdon; á fin de buscar ocasion para verificarlo fué á casa del mencionado caballero, conduciendo un jumentillo con el pretesto de pedir estiércol para la huerta del convento. Los criados dijeron á su amo quién era el lego que

estaba cargando el estiercol; inmediatamente bajó á saludar á Fr. Francisco, y este, arrojándose á sus pies, le pidió perdon de sus pasadas ofensas. El caballero le abrazó, y no pudiendo conseguir que dejara al cuidado de un criado la conduccion del estiercol, acompañó á Fr. Francisco, que conducia la acémila, hasta el convento.

En uno de los muchos viajes que hizo á la América siendo Capuchino, y que mas adelante se relatarán, encontró un dia en la calle principal de Panamá á una compañía de tropa: uno de los soldados, que le conoció, dijo á sus compañeros: «Ese es el P. Fr. Francisco, »gran caballero y soldado; mejor que nosotros sabe »los deberes militares.» Fr. Francisco se arrojó al suelo, se cubrió de fango, y empezó á decir: «No soy »sino un monton de basura y un vil pecador.»

En la misma ciudad dió tambien otras muchas pruebas de humildad y abnegacion de todo orgullo; él llevaba á verter al mar los vasos inmundos del convento, servicio que hasta los esclavos se desdeñaban en desempeñar, y únicamente lo solian hacer los negros bozales.

Todo lo referido desde que Fr. Francisco vistió el hábito, testifica sobradamente el esmero que puso en domar su antiguo orgullo y altanería. Ahora veremos la actividad y fe que desplegó en servicio de la religion cristiana, hasta llegar á sacrificar por ella su vida, pues las penitencias que se impuso y las penalidades que sufrió como misionero, quebrantaron totalmente su salud.

II.

Con el motivo de preparar una mision que se queria fuese al reino del Congo, en Africa, pasó á Madrid Fr. Francisco de Pamplona (se cree que en el año 1642) en compañía del V. P. Fr. Buenaventura de Alessano, religioso italiano que debia ser el gefe de la mision. Fr. Francisco vió diferentes veces á S. M., que le distinguia y apreciaba mucho. Un dia el Rey le dijo: «Al fin, Fr. Francisco me dejásteis y no quisisteis pro-» seguir en mi servicio.» A lo que respondió: «Señor,» siempre estoy muy rendido á los pies de V. M., y si» dejé vuestro servicio fué para atender únicamente al» del Rey de los Reyes; y ójala, Señor, le sirva yo otros» tantos años con el celo y aplicacion que debo, y servi» á V. M. en sus ejércitos.» El Rey, para darle una prueba de su estimacion y cariño, sacó del pecho una reliquia del *Lignum Crucis* ricamente guarnecida, y se la dió diciendo: «Tomad esta reliquia del madero» de la cruz de nuestro Redentor, para que en vues-» tras oraciones os acordeis de mí y de las necesidades» de esta monarquía.»

Tanto S. M. como el Conde-Duque de Olivares, primer ministro, encargaron á Fr. Francisco que escribiese desde los puntos donde fuera arribando la mision, y que pidiera lo que á ella hiciese falta. Así lo verificó diferentes veces, solicitando de S. M. lo que se hacia necesario para que la mision pudiera embarcarse. Pero jamás, como bien se supondrá, solicitó nada para su persona.

Estrañó el ministro que las cartas para el Rey estuviesen escritas en una cuartilla de papel, cuando lo que ocurría comunicarle cabía en ella, y escribió á Fr. Francisco, que aún se hallaba en Sevilla, lo siguiente.

«He estrañado, Fr. Francisco, que un hombre de vuestras obligaciones, y que no ignora los estilos de Palacio, trate á S. M. con tan sobrada llaneza, que le escribais en una sola cuartilla de papel como pudieseis á un fraile de vuestra Orden. Si la causa es por no tenerle, avisadme, y daré orden para que os socorran con algunas resmas; y si no, mudad de estilo y escribid como es razon.»

Fr. Francisco contestó en los siguientes términos.

«Excmo. Sr.: Es verdad que no ignoró los estilos de Palacio, pero á mí no me pedirá Dios cuenta de ellos, sino de si fuí verdadero pobre y viví conforme á los estilos de la pobreza seráfica, que hice voto de guardar en mi profesion. En esta, Señor, solo se permite lo preciso y forzoso: todo lo demás que de ahí escede, se considera por supérfluo, por no necesario é inútil. Con que bastándome una cuartilla de papel para decir á S. M. lo que se ofrece, no hay duda que si gastase mas sería supérfluo, y que delante de la Magestad suprema de Dios me será hecho cargo de ello. Además que el Rey nuestro Señor, como tan católico, no estraña los estilos de los Capuchinos, ni ignora que el religioso pobre y humilde, en todo tiempo y lugar está obligado á vivir como tal, y á medirse á la regla y estilos santos de su profesion. Yo agradezco mucho la oferta de papel que

»V. E. me hace, mas no le necesito por ahora. Dios guarde á V. E. muchos años, y le haga muy suyo.»

Puede colegirse por la anterior carta del ministro, que el Conde-Duque guardaba un poco de rencor á Fr. Francisco desde que este cometió el desacato de parar su coche en las Cuatro Calles. Y tambien se desprende de la carta de Fr. Francisco el rigor con que el antiguo Baron de Bigüezal cumplia las reglas del Capuchino; muy propio de su imaginacion vehemente y exaltada.

El 20 de enero del año 1645 se embarcó Fr. Francisco para el reino del Congo, haciendo parte de una mision de españoles é italianos, pues el rey de dicho pais, habiendo abrazado la religion cristiana, habia escrito al Papa Urbano VIII pidiéndole una mision de Capuchinos.

Grandes ejemplos de virtud dió en toda la navegacion, esmerándose en desempeñar los servicios mas humildes. Esto admiraba mucho á los marineros, porque sabian la brillante y alta posicion que habia ocupado en el mundo. Al acercarse el buque al puerto de Pinda, en el Congo, avistaron aquellos un navío holandés, que desde luego trató de atacar al español. El capitán de este, sabiendo la gran pericia y valor de Fr. Francisco, y queriendo sin duda rendirle el mayor homenaje, suplicó al superior de la mision mandara á aquel admitiese el mando del buque para el combate que probablemente iban á tener, pues él queria resignarlo en marino tan distinguido. Fr. Francisco lleno de humildad, sintió la obligacion que le imponia el mandato

de su superior, pero obedeció sin replicar. La gente del barco español era muy poca para medir sus fuerzas con la que debia suponerse al holandés, calculándola por su mayor porte. Sin embargo, Fr. Francisco no se amedrentó, desplegó su antiguo valor y pericia en la marina, que tantas veces le habian dado la victoria, inspiró á todos la mayor confianza en un seguro triunfo, y valiéndose en sus maniobras y disposiciones de osadía y estratagemas, mantuvo en respeto al buque holandés, sin que se atreviese á tomar la iniciativa del ataque, y únicamente disparó un cañonazo sobre los españoles cuando estos desembarcaban en el puerto de Pinda.

El 15 de mayo del mismo año 1645 llegó la mision al Congo, y enterado su gefe de cuanto á ella interesaba, juzgó conveniente que regresasen á Europa el P. Fr. Miguel de Sesa y nuestro Fr. Francisco, á fin de pedir mayor número de misioneros y otros recursos.

Embarcáronse nuevamente para venir á España, y en alta mar se traspardaron á un buque inglés, cuyo capitán admitió sin retribucion á los dos frailes para conducirlos á Inglaterra, donde iba, y desembarcaron cerca de Londres el 4 de marzo de 1646.

En mala época llegaban dos religiosos católicos á la capital de Inglaterra; la revolucion rugia ya á las puertas del régio alcázar, y en aquella efervescencia popular, las doctrinas protestantes se ostentaban con el mayor ardor y fanatismo. Sin embargo, despreciaron los dos Capuchinos el inminente riesgo que corrian,

y entraron en la gran ciudad vestidos con sus humildes hábitos. En ella fueron socorridos por muchos católicos, los que suplicaron al P. Sesa que les dijese Misa de oculto y les administrara los Santos Sacramentos. El R. Padre les complació, pero llegando el hecho á noticia de la autoridad fueron arrestados los dos misioneros. Diez y ocho dias estuvieron presos en su posada; mas los buenos oficios del Embajador de España y de otros católicos les sacaron de la prision, intimándoles la orden de que en el término de pocas horas saliesen de la ciudad y el reino, incurriendo en pena de la vida si así no lo hacian.

Sintió mucho Fr. Francisco que se usara con ellos de tanta benignidad, pues deseaba y habia consentido alcanzar la palma del martirio. Así fué que en los diez y ocho dias que estuvo preso no quiso quitarse el hábito, por mas sarcasmos y denuestos que sufría de los protestantes. A su salida de la prision pretendió ir predicando por las calles de Londres, á lo cual se opuso su compañero, haciéndole la reflexion de que si el viaje á España se les entorpecía sería un grave perjuicio para la mision, en favor de cuyos intereses iban á trabajar en la Península. Por fin se embarcaron, pasaron á Francia, y de allí á Zaragoza, donde murió el Padre Sesa.

Fr. Francisco con otro compañero salió para Roma, á donde llegaron el 24 de junio del mismo año 1646.

Ocupaba la Silla Pontificia Inocencio X, quien noticioso de la virtud y grandes prendas de Fr. Francisco,

procuró favorecerle en sus pretensiones y servirse de sus sobresalientes cualidades. Le ofreció el capelo y el generalato de sus galeras; pero viendo que no quería admitir estos elevados puestos ni ningun otro honor, le dijo S. S. que al menos admitiese el sacerdocio, y el ser comisario general de todas las misiones de la Orden: pero Fr. Francisco contestó: «Beatísimo Padre, »yo soy un hombre pecador y de natural altivo y »berbio, y Dios por su misericordia me ha puesto en »este estado para que haga penitencia de mis pecados. Si Vuestra Santidad no me ayuda á ser humilde »me perderé, porque soy tal que la tiara de San Pedro »no estará segura de mi altivez y soberbia en la digní- »sima cabeza de Vuestra Beatitud. Dios me quiere en »el estado humilde y pobre que profeso, en el cual »vivo gustoso, y con mucha confianza en su misericor- »dia, de que me tengo de salvar.»

El Papa admiró su virtud, le concedió lo que pedia para las misiones, y le regaló un *Lignum Crucis* y otras medallas y reliquias. El *Lignum Crucis* lo llevó siempre consigo hasta su muerte.

Obtenida tambien licencia de Su Santidad para llevar otra mision á las Indias occidentales partió de Roma Fr. Francisco, y llegó á Madrid el 21 de diciembre del dicho año.

Se presentó al Rey y le dió cuenta de la mision del Congo; le hizo igualmente saber la autorizacion que tenia del Sumo Pontífice para conducir otra á Darien, cerca de Panamá; y le pidió permiso para pasar tambien en mision, si llegaba el caso, á Filipinas y al Japon.

Todo cuanto solicitó relativo á dichas misiones le fué concedido por S. M. y el Consejo de Indias.

A fines de octubre de 1647 salió de España nuestro lego con varios religiosos, y llegó á Panamá el 15 del próximo enero. Grandes trabajos sufrieron hasta lograr establecer la mision y dar principio á sus apostólicas tareas. Fundaron dos poblaciones, pero el número de misioneros era corto, y determinaron que regresase á España Fr. Francisco, á fin de proporcionar los recursos que les faltaban. Recibida la bendicion del V. P. Fr. Antonio de Oviedo, Prefecto de la mision, partió para la Península con los galeones, y llegó el año 1649. Se presentó á S. M., y quedaron remediadas las necesidades de la mision de Darien.

Desde España volvió á salir con otra mision en el año 1650 para las islas la Granada, la Dominica y otras de las llamadas de Barlovento. Desembarcaron en la primera, que ignoraban hallarse ocupada por los franceses. El Gobernador los recibió muy cortesmente, pero debiendo llegar en breve otros misioneros de su nacion pasaron los españoles á la isla Margarita, y se establecieron entre los indios cumanagotos. El Prefecto era el V. P. Fr. Lorenzo de Magallón: la mision prosperaba, pero hacian falta misioneros, pues no eran mas que cinco, y en vista de tan corto número se resolvió que Fr. Francisco regresase á España para pedir mas religiosos.

III.

La consideracion y favor que el antiguo Baron de Bigüezal conservaba en la Corte, eran sin duda los motivos por que las misiones lo elejían para mandarlo á España como su procurador cuando querían impetrar socorros de S. M.

Fr. Francisco tenia la salud muy quebrantada á consecuencia de las muchas fatigas y penalidades que habia sufrido en el curso de la vida. Conocia él que se acercaba su fin, mas no por esto intentó eximirse del nuevo servicio que se le exigía, y se hizo á la vela el 15 de agosto de 1651, en el buque galeon llamado *la Margarita*, cuyo capitan era D. Juan Montano.

Todos los pasajeros y tripulacion del buque recibieron con gran contentamiento y respeto á Fr. Francisco, pues interesaba é infundía veneracion aquel hombre singular.

Uno de los pasajeros de *la Margarita* era D. Diego Radillo de Arce, caballero del hábito de Santiago y Gobernador de la provincia de Antioquia en el vireinato de Nueva-Granada. Desde luego se propuso frecuentar el trato de Fr. Francisco, y escribir un diario de la vida del religioso durante la navegacion; y así lo verificó, atestiguando bajo juramento la exactitud de su escrito. En él no cesa de alabar su grande humildad; dice lo sensible que le era cualquiera distincion que hiciesen á su persona; en una palabra, le pinta como á un hombre adornado de todas las virtudes recomendadas por el Evangelio.

Al pasar por cerca de la playa de Cumanagoto recojió en el buque una corta limosna de vino, cera y algunas frioleras; y aun cuando todos le ofrecieron limosna de mayor cuantía, no quiso aceptarla. Su objeto era socorrer á los misioneros que habia en aquel litoral para que pudieran atender al culto divino. Entró en una lancha con D. Diego Radillo (que es quien relata esto) á fin de dar á sus compañeros la limosna recojida. Llovía mucho y llegaron á tierra sumamente mojados. Fr. Francisco no quiso quitarse los hábitos por mas instancias que le hicieron con el objeto de que se secaran; solo lograron se despojase del manto. Concluidos los asuntos que le habian llevado á tierra, regresaron al buque.

Al dia inmediato le sobrevino una recia calentura con intensos dolores de gota, dolencia que le habia molestado anteriormente y que sufrió con increíble resignacion. La enfermedad fué creciendo, mas no consintió se le diese cama, ni quiso despojarse del remendado hábito que llevaba puesto á raiz de la carne. Tampoco consintió en que nadie se molestase en su asistencia, admitiendo solo la de un esclavo negro de D. Diego Radillo, al que trató con la mayor urbanidad como de igual á igual. Radillo tuvo gran empeño en asistirle personalmente en prueba de amistad, pero Fr. Francisco no lo permitió.

Cerca ya del puerto de la Guaira, situado á corta distancia de Caracas, llamó á D. Diego, y le dijo conocia que su enfermedad se agravaba mucho, y queria, antes que le faltasen las fuerzas, escribir al Rey y al Carde-

nal D. Baltasar de Moscoso, Arzobispo de Toledo. Ambas cartas se redujeron á recomendar la mision y dar noticias sobre ella. Dictó y firmó Fr. Francisco la que iba dirigida á S. M.; pero la del Cardenal tuvo que redactarla y escribirla Radillo, conforme á los puntos que le indicó el religioso, porque ya este padecia extraordinariamente.

Despues de firmadas ambas cartas dijo con mucho trabajo á D. Diego, que el *Lignum Crucis* que llevaba al cuello, regalado por Su Santidad el Papa Inocencio X, y del que podia disponer porque tenia licencia para hacerlo, lo entregase despues de su muerte á D. Pedro de Ursua, General que con los galeones se hallaba en Cartagena de Indias, y era amigo y pariente suyo. El indicado relicario estaba forrado de badana, y lo llevaba pendiente de un cordon negro. Tambien repartió algunas indulgencias que le habia concedido el mismo Sumo Pontifice, las que tenia en el libro en que rezaba el Oficio Parvo de Nuestra Señora.

Prosigue su relacion D. Diego, y viene á decir en extracto: que llegaron al puerto de la Guaira, sufriendo Fr. Francisco horribles dolores. Le desembarcaron con gran cuidado, y en hombros le condujeron á la casa donde se hospedaban D. Juan Bravo de Acuña, Gobernador de Gibraltar y Mérida, y D. Francisco Maldonado, veinticuatro de Sevilla, cuyos dos sugetos venian en otros buques que navegaban en conserva ó escolta de *la Margarita*. Por hallarse ya en tierra estos caballeros se llevaron á su casa al Capuchino, y no el capitán Montano y Don Diego, como ellos deseaban.

Radillo hizo inventario del equipaje de Fr. Francisco, pues quedó en su poder cuando trasladaron á este á tierra. Consistía en unas alforjas llenas de remiendos, y en las que halló un Crucifijo, el libro en que rezaba el Oficio de Nuestra Señora, unas disciplinas de alambre recio, un capucho viejo que le servía de cartera para sus papeles, y algunas medallas y rosarios que le había dado el Pontífice para repartir.

Fr. Francisco llevaba siempre sobre sí, como ya se ha dicho, el *Lignum Crucis*, y en la muñeca izquierda, atadas con un cordoncito, dos cuentas del rosario de la Beata Madre María de la Cruz.

Escusado es ponderar el sufrimiento, piedad y alegría cristiana con que el buen religioso sufría su penosa enfermedad. Recibidos todos los Sacramentos, aguardaba tranquilamente su hora postrera. Poco antes de que esta llegase decía á D. Diego Radillo: «Espero el salir de esta vida miserable, con el gozo y alegría que suele un niño cuando sale á jugar á la calle con otros.»

Cuando conoció que su fin llegaba, se colocó sobre el pecho el Crucifijo, estiró bien su cuerpo, juntó los pies, metió las manos en las mangas del hábito que tenía puesto, y espiró tranquilamente.

Se hallaban presentes en aquel solemne momento dos religiosos, D. Diego, Acuña, Maldonado, Montano, y otros muchos de sus conocidos.

Radillo recojió el *Lignum Crucis*, las cuentas y el Crucifijo. Acuña y Maldonado mandaron hacer un hábito, se lo pusieron al cadáver, y guardaron el viejo y remendado que tenía.

Al entierro asistió toda la gente del pueblo y de los buques. Fué colocado el cuerpo en un ataúd decentemente adornado, y conducido á la iglesia en hombros de caballeros armados. Al sacar el cadáver y al darle sepultura se le hicieron dos salvas Reales, y se disparó toda la artillería de mar y tierra. Don Diego dió parte de la muerte de Fr. Francisco al P. Fr. Lorenzo Magallon, Prefecto de la mision á que aquel pertenecia, y entregó en Cartagena el *Lignum Crucis*, las cuentas y el santo Cristo al General D. Pedro de Ursua, quien en prueba de lo mucho que estimaba aquellos santos objetos, los dejó vinculados en su familia.

La muerte de Fr. Francisco de Pamplona acaeció el 31 de agosto del año 1651, á prima noche.

Varios milagros se atribuyeron á tan ejemplar religioso, tanto en vida como despues de su muerte; así era que se le tenia en olor de santidad.

Habia sido enterrado en una pequeña iglesia parroquial de la Guaira, debajo de las gradas del altar mayor, en el lado del Evangelio. Pero temiendo los vecinos de aquella poblacion que allí no se hallase suficientemente seguro aquel depósito tan venerable para ellos, lo trasladaron, prévia la competente licencia, en el año 1676 á la sacristía, hasta preparar un panteon en la misma iglesia.

Cuando sacaron el cuerpo le hallaron incorrupto, y sin mas lesion que faltarle la estremidad de la nariz; con lo cual creció á tal punto la devocion que ya inspiraba, que habiéndose tratado en el año 1677 de llevarlo á Navarra (pais de su naturaleza), á cuyo efecto pasó

á la Guaira un religioso Capuchino con todas las autorizaciones necesarias, se amotinó el pueblo á tal punto, que se juzgó prudente no privarles del venerable cuerpo que tanto reverenciaban.

En tiempos muy posteriores un terremoto derribó aquella iglesia, y en el año 1847 era su terreno una gran plaza.

Ya se ha manifestado al principio de esta biografía, que no se esperase encontrar en ella noticias de grande interés histórico, y que su mérito únicamente podría consistir, en hallar reunidas en la vida de un mismo hombre las acciones mas diametralmente opuestas.

No hay duda que las peripecias de la de Redin se prestan grandemente á dar á su biografía mas gusto y amenidad en la lectura si el autor, desviándose algun tanto de la estricta verdad, adorna el relato de los hechos: mas si así lo hiciera perderia el escrito su condicion histórica, y quedaria asimilado á un cuento de novela.



En la forma en que se ha publicado con los datos de las
informaciones que se han reunido en el presente trabajo
se puede apreciar que el estudio de la historia del
arte en España más que en otros países ha sido un
problema de actualidad y en el año 1817 con el tratado que
se ha publicado.

En el presente trabajo se ha tratado de dar una idea
de lo que se entiende por historia del arte en España
y de las relaciones que se han establecido entre el arte
y la historia. Se ha tratado de dar una idea de lo que
se entiende por historia del arte en España y de las
relaciones que se han establecido entre el arte y la
historia. Se ha tratado de dar una idea de lo que
se entiende por historia del arte en España y de las
relaciones que se han establecido entre el arte y la
historia.

